

ce el P. Monsabré, la fe y el amor se probaban por la sangre, en que el desierto florecía con las maravillas de la vida cenobítica, en que las grandes controversias de la herejía terminaban con una palabra del sucesor de Pedro, como es hoy."

De época en época, de siglo en siglo, de generación en generación, se ha venido repitiendo una misma é invariable palabra por los sacerdotes del mundo cristiano: El que cree en Cristo, no será confundido: Sea anatema el que no ame á Cristo: El Cristo nos ha dejado el ejemplo para que sigamos sus huellas: Cristo es la unidad de todo, *in ipso omnia constant*.

El mundo cristiano ha sido el mismo siempre; no ha consentido ni ha podido consentir violación de ningún género.

La teoría alemana está en abierta contradicción con la historia de este fenómeno social que asombra por sus movimientos uniformes, admira por su perfección y arrebató al espíritu por la armonía que desde su aparición en el mundo hasta hoy se advierte en él, sin que haya una sola nota que establezca una discordancia.

Preciso es reconocer que el mundo cristiano, con sus grandezas y sus maravillas, debe tener

un autor personal viviente y en el que, por decirlo así, esté encarnada la idea cristiana.

EL MUNDO CRISTIANO NO ES OBRA HUMANA.

El mundo cristiano no es obra humana, porque ningún hombre ha hecho obra semejante y porque ningún hombre ha sido capaz de hacerla.

El mundo cristiano tiene un carácter eminente, único: ninguna sociedad intelectual, ninguna sociedad religiosa, se asemeja al mundo cristiano.

El austero Pitágoras, el armonioso Platón, el grave Aristóteles y otros muchos ingenios antiguos ó modernos, cuyos nombres figuran con gloria en los fastos del espíritu humano, han hablado de Dios, de la naturaleza, del hombre, de las leyes del pensamiento y de las leyes de la vida.

Sus lecciones, recogidas por discípulos respetuosos, han agrupado las fuerzas intelectuales de muchas generaciones.

Al impulso de esos hombres, que han admirado al mundo por su ciencia, se han fundado sistemas y sociedades intelectuales.

Pero esas sociedades jamás han salido de estrechísimo recinto: unas escuelas han combatido y destruido á las otras; el genio del maestro no preservaba su pensamiento de mutilaciones frecuentes; á la admiración, muchas veces discutida, de que era objeto, no se mezclaba el sentimiento del corazón después que desaparecía; su doctrina, frecuentemente árida, hacía languidecer las almas lejos de toda perfección moral; su vida, muchas veces en oposición con su enseñanza, no arreglaba ninguna vida; su voluntad impotente, no ahogaba los gérmenes de división que amenazaban su influencia, aun viviendo, y que acababan por triunfar después de su muerte.

No es así el mundo cristiano, considerado bajo el punto de vista de una escuela del entendimiento.

Las generaciones que se han abrevado de la doctrina de Cristo, jamás han estado encerradas en estrecho recinto: se han extendido por toda la faz de la tierra y por todas partes han llevado la luz de las enseñanzas del fundador del cristianismo: escuelas extrañas las han combatido y las combaten; pero lejos de debilitarse con el ataque, se levantan más pujantes y más vigorosas: el genio

respetado del maestro ha tenido poder suficiente para preservar su pensamiento de las mutilaciones que en él pudiera hacer el espíritu de los que siguen sus enseñanzas: aun hoy, cuando el maestro ha desaparecido, su representante en la tierra está dotado de fuerza admirable para evitar sacrílegas mutilaciones, nunca permite que el dogma se menoscabe, que la moral se manche, que la ley publicada ó más bien la enseñanza recogida de los labios de Cristo se viole ni en el ápice más leve: á la admiración de que era objeto el autor del mundo cristiano, se mezclaban desde que vivía los sentimientos del corazón, y aun hoy, diecinueve siglos después de su muerte, arrastra á las almas á impulsos de un amor que no tiene semejante en la tierra: la vida del Maestro Divino jamás estuvo en oposición con sus enseñanzas y fué, como es ahora, la regla suprema de muchas vidas: su voluntad siempre fué, como es ahora todavía, eficaz y poderosa para ahogar los gérmenes de división que amenazaban su influencia.

Tal es el mundo cristiano, y de consiguiente puede concluirse que este mundo cristiano, aun simplemente considerado como sociedad intelectual, como escuela del pensamiento, no tiene se-

mejanza con ninguna otra de las sociedades que han fundado los ingenios humanos por poderosos que hayan sido.

Lo mismo pasa con las religiones que han inventado los hombres en la tierra: ninguna de ellas puede asemejarse al mundo cristiano, considerado como religión.

Ha habido y hay religiones que reinan en vastos continentes y que ofrecen á millares de adeptos ponerlos en relación con las cosas divinas.

De esas religiones, unas, como el paganismo, han revestido mil formas diversas; otras, como el misticismo oriental, han fraccionado inhumanamente la doctrina, reservando á la casta privilegiada de los sacerdotes y de los sabios las altas especulaciones, la última palabra de los misterios, y arrojando, como pasto, á la multitud, símbolos groseros que no seducían su imaginación, sino para engañar su entendimiento.

Unas, como el budhismo, quedan incrustadas, por decirlo así, en los continentes que las vieron nacer; otras, como el mahometismo, se fijan en una raza y para extenderse y conservarse, se ponen bajo la protección de la espada.

“La religión mahometana, decía Montesquieu,

que no habla más que de la espada, todavía obra sobre los hombres, con ese espíritu destructor que ha servido para fundarla.”

“Pero ni las unas ni las otras, dice el P. Monsabré, han podido salvar á sus fundadores del olvido, si no es para asegurarles una veneración medrosa de la que está ausente el corazón y que hace revivir su recuerdo sin tener en cuenta, en la práctica, sus virtudes. Ni las unas, ni las otras, han salido de una moral común, de una honradez sin grandeza. Ni las unas, ni las otras, han resistido á los disolventes de la violencia y de la contradicción, á menos que hayan adorado á los poderes humanos, que se dignan mantener en su seno la vergonzosa unidad de la ignorancia y de la corrupción.”

No es así la religión cristiana.

Ella desde su origen hasta hoy no ha revestido más que una forma y jamás ha rebajado al hombre, como lo hizo el paganismo, hasta el extremo de rendir culto á divinidades de barro.

Jamás el cristianismo ha reservado las altas especulaciones, la enseñanza de sus misterios, á los sabios y á los sacerdotes, dejando hundidos en la ignorancia á los sencillos: lejos de ello, más

dulce misión ha sido comunicar á los humilde la luz de la verdad y á sus corazones el fuego inextinguible del amor divino, *evangelizare pauperibus*.

El cristianismo jamás ha tenido su asiento en un solo pueblo ó en una sola raza: al contrario, su dominio no ha tenido más límites que los del mundo y en su seno admite á los hombres de todas las razas y de todas las lenguas.

El cristianismo jamás se ha impuesto por la fuerza: su obra es obra de paz, como lo anunciara el ángel en el día venturoso en que naciera su fundador: no han sido para el cristianismo los tormentos y los patíbulo el medio de que se ha valido para propagar sus doctrinas: al contrario, ellos han sido el elemento poderoso de que se han servido sus adversarios, sin éxito por cierto, para confundirlo y ahogarlo.

El cristianismo no tiene semejante con las demás religiones: las costumbres elevadas, la perfección de la vida, el heroísmo de las virtudes, formado todo á la luz de un mismo tipo, cuya autoridad se impone siempre con la misma energía y con la misma eficacia, en ninguna otra religión pueden encontrarse.

Una voluntad soberana, cuya omnipotente ac-

ción persevera en los instrumentos cambiantes que la manifiestan, una unidad que resiste cerca de dos mil años há á la persecución de la fuerza, á la contradicción del error; una sólida alianza de tanto elemento diverso, un cuerpo penetrado de una misma doctrina, de una misma ley, de unas mismas virtudes, que elimina de su seno todo lo que está enfermo y que él continúa viviendo, en ninguna otra religión encuentran semejante.

Mientras los sabios modernos no destruyan la verdad de estos hechos, que la historia consigna con caracteres de luz, y que los hombres de hoy palpan aun en medio de los escombros que la revolución amontona, tienen que confesar y reconocer que el mundo cristiano no es la obra de un hombre.

Decíamos en nuestro precedente artículo, que el mundo cristiano no es obra del hombre.

Ni ha podido serlo: el hombre es impotente para producirla.

El cristianismo ha realizado cuatro prodigios, que el hombre jamás podrá realizar.

El cristianismo ha hecho aceptar, universal-

mente y de un modo estable, una enseñanza enteramente original, una enseñanza misteriosa y de tal manera identificada con el que la enseña, que no se les ha podido separar en la fe de los pueblos.

Este primer prodigio, realizado por el cristianismo, no puede realizarse por un hombre.

Un hombre habría podido llevar á cabo esta empresa, ó por la fuerza ó por la idea.

Por la fuerza, era imposible.

La historia, en muchas de sus páginas, pone de manifiesto que las razas, las nacionalidades, las patrias, digamos así, se convierten en escudos impenetrables que rompen la espada en las manos de conquistadores ilustres y de naciones ambiciosas, que aspiran al imperio del mundo.

Por la idea, era igualmente imposible.

Si un sabio recuerda al mundo los grandes principios del orden intelectual y del orden moral, de los que llevamos en nuestras almas el sello invisible, podrá hacerse escuchar por todas partes, y por todas partes recoger discípulos; pero, entonces, no es él quien enseña, sino ese maestro soberano que, al crearnos, ha dejado caer sobre nosotros un rayo de la verdad eterna.

Pero si este hombre se propone difundir en el mundo una enseñanza, en el orden especulativo, de misterios que confundan á la razón y, en el orden práctico, de una regla que tienda á reprimir las rebeliones de los sentidos, entonces la palabra de ese sabio infaliblemente se rompe contra la fragilidad y las pasiones, el orgullo y la prevención de aquellos á quienes se propone enseñar.

Por otra parte, aunque tuviera genio, ciencia y previsión en grado supremo, no sería más que un hombre y aquellos, á quienes se proponía enseñar, podrían creer con entera seguridad que sus ideas valdrían tanto como las de aquel maestro sublime.

La imposibilidad es más patente si se trata de identificar la doctrina con aquel que la enseña.

Un hombre que diga: "Yo soy la verdad" y que pretenda ser creído por el mundo, es una cosa que repugna á la naturaleza humana.

Y esto lo ha hecho el cristianismo.

Cristo, ante las asombradas multitudes de Judea, afirmaba con indiscutible seguridad: "Yo soy la verdad."

Y esta afirmación ha sido aceptada por el mundo todo: la enseñanza de Cristo y su persona identificadas, el mundo las venera y las adora.

Desapareció la persona, desapareció el autor de esa enseñanza, exhaló su último aliento en un patíbulo, y, sin embargo, su enseñanza vive en la tierra, cada día más extendida, cada día más potente.

Otro hecho ha realizado el cristianismo: su autor se ha hecho amar con un amor tierno, confiado y generoso, cuando ya no está en la tierra para seducir los corazones; cuando la muerte ha destruido los encantos de que el amor se nutre.

El amor es el sentimiento que ambicionan los corazones nobles y que prefieren á la admiración que sirve sólo para halagar el orgullo: pero el amor se nutre de encantos permanentes, que no está en nuestra mano hacer que duren siempre.

Un hombre puede arrastrar los corazones por el fuego de su mirada, la armonía de su voz, la bondad de su alma, la generosidad de sus beneficios; pero cuando la pálida muerte ha extinguido en el rostro los colores de la vida, ha helado los labios, ha agotado la fuente de los beneficios y ha roto las ligas que le ataban con otros seres, el amor se deshace en el mundo.

Cristo, sin embargo, escarnecido y muerto en una cruz, realiza en el mundo el prodigio de arras-

trar tras de sí los corazones humanos, por un amor indecible, que no se estremece ni aun en presencia de los más asombrosos tormentos.

Un tercer hecho ha realizado el cristianismo: Cristo impone su virtud al hombre, como un ejemplar, irreproducible y acabado, sobre el cual deben todos los hombres modelar su perfección.

La virtud, que es el encanto mayor de que puede estar revestida una humana criatura, tampoco resiste al aminoramiento que el tiempo implacable hace sufrir á todas las cosas.

La virtud, cuando está cerca de nosotros, cuando la vemos en actividad, podemos advertir que en ella hay una especie de calor comunicativo que activa en nuestra alma la circulación de los pensamientos santos y de los nobles deseos. Pero desde que se aleja, cuando no está cerca de nosotros el hombre santo, cuyas virtudes nos arrastran, la virtud aparece á nuestros ojos fría, como los astros que pueblan las profundidades del firmamento.

Muchas veces el justo, cuyas debilidades no percibimos por el brillo de sus hermosas cualidades, cuando desaparece es objeto de una crítica, que saca, de aquella existencia preciosa, el barro

que siempre se deposita en el fondo de toda humana existencia.

Y aun cuando el justo presentara una vida sin sombra, jamás podría presentarse como el tipo universal de todas las perfecciones.

El hombre, por irreprochable que se suponga, es siempre falible y es perfectible.

Nunca podrá, por lo mismo, presentarse como el ejemplar único al que deberían conformarse todas las existencias humanas.

Cristo ha realizado esa maravilla: es el tipo único, el tipo acabado, el tipo universal de toda perfección.

Es un hecho que el mundo todo contempla, es un hecho que todo el mundo admira y proclama.

En fin, el cristianismo ha realizado otro cuarto hecho maravilloso: Cristo se sobrevive, como dice el P. Monsabré, en la constante *aspiración* y en la inmutable influencia de su propia voluntad, para mantener la unidad prodigiosa del mundo cristiano.

Los más afortunados monarcas, aquellos cuya autoridad incontestada se trasmite con la sangre, no tienen el don de hacer pasar á sus vástago la fuerza de su voluntad, ni para garantizarlos con-

tra las sustituciones violentas de razas, ni contra las tempestades populares que amenazan á todas las soberanías.

Y Cristo, después de muerto, hace sentir la influencia de su voluntad poderosa y mantiene con ella la prodigiosa unidad que se contempla en el mundo cristiano.

Los hechos revelan, entonces, que el mundo cristiano no es obra de un hombre.

Si el hombre no puede realizar esos prodigios, que en el mundo cristiano perseveran de modo tan admirable, preciso es confesar que el mundo cristiano no es obra de un hombre.

El genio admirable de Napoleón, asombrado ante el amor que Cristo despierta en las generaciones humanas, se expresaba, dirigiéndose al General Bertrand, de este modo: "Cristo habló, y desde entonces las generaciones le pertenecen por ligas más estrechas, más íntimas que las de la sangre; por una unión más sagrada, más imperiosa que cualquiera otra. Enciende una llama de amor que hace morir el amor de sí mismo y que prevalece sobre cualquier otro amor."

"Ante ese milagro de su voluntad, ¿cómo no reconocer al Verbo creador del mundo?"

“Los fundadores de religiones no han tenido idea de ese amor místico, que es la esencia del cristianismo, bajo el hermoso nombre de Caridad.”

“Cristo sólo, ha llegado á elevar el corazón de los hombres hasta lo invencible, hasta el sacrificio. El solo, creando esta inmolación, ha creado una liga entre el cielo y la tierra. Los que creen sinceramente en él, sienten ese amor admirable, sobrenatural, fenómeno inexplicable, superior á la razón y á las fuerzas del hombre, fuego sagrado dado al hombre por ese nuevo Prometeo, del que el tiempo, el gran destructor, no puede ni gastar la fuerza, ni limitar la duración. . . . Yo, Napoleón, es lo que más admiro, y es lo que me demuestra mejor la divinidad de Cristo.”

LA AFIRMACIÓN CRISTIANA.

Los movimientos, las perfecciones y la armonía del mundo cristiano, ponen de manifiesto, con evidencia que deslumbra, que este mundo no ha podido hacerse por sí mismo, que es preciso reconocer una causa inteligente que lo ha traído

á la vida y que se la conserva tan fecunda y tan vigorosa.

La contemplación del mundo cristiano produce en el hombre que piensa, el mismo efecto que la contemplación del mundo físico.

Los prodigios que la naturaleza descubre ante los asombrados ojos del hombre, le revelan que existe una causa única que sacó este mundo físico de las obscuras sombras de la nada.

Y si este mundo tuviera un órgano para expresar sus sentimientos, desde las alturas serenas de los cielos, desde las cimas gloriosas de las montañas, desde las profundidades insondables de los mares, desde el cáliz perfumado de las flores, se levantaría una voz que nos haría escuchar estas palabras: *No nos hemos hecho nosotros mismos; es Dios quien nos ha hecho.*

Esta voz que falta al mundo físico, la tiene el mundo cristiano.

El mundo cristiano no sólo publica la existencia de su causa, con el lenguaje mudo de sus movimientos, de sus perfecciones y su armonía, sino que, con palabras que todos pueden escuchar y que todos pueden comprender, proclama que el ser que le trajo á la vida es un hombre, pero no un